

Salpicón de hospital

MARIANA ISASI

Desfile fugaz de escenas en un ambiente absurdo:

Desesperación inicial en colegas que concurren con lavandina, trapos, baldes y mamelucos espaciales.

Pedidos urgentes de trabajadores sanitarios que reclaman carpeta psiquiátrica.

Pacientes que no consienten a la nueva normalidad de andar con tapabocas por la vida, aunque a nadie le sorprenda la portación de bermudas en pleno junio y la cajita de *olanzapina* en la mano.

Selfies con barbijos y máscaras. Pasaron de moda enseguida.

Las fotos de las pantallas en *Zoom*. Tampoco ya hacen gracia.

Un joven médico se resigna a no poder concurrir al festejo de los 90 años de su abuelito; el mismo joven médico se resigna días después a no poder ir al entierro de su anciano que quedó en la marca de 89.

Una enfermera se gasta la mitad del sueldo en productos extra para protección sanitaria, la distribuye con generosidad en su sector y a los dos días tiene que quedar aislada en su casa por haber olvidado usar el camisolín frente a un paciente con COVID.

Tampoco sorprende que el humor negro haya dejado de ser potestad de los quirófanos y aflore con naturalidad hasta en los que son demasiado nuevos para manejar con alto cinismo ese código tan de hospital. Así hemos fantaseado que cuando llegue el pico, a los de Salud Mental nos mandarían a embolsar. Así hemos bufado por el desubicado que ha intentado ahorcarse un domingo y nos haya obligado a ir en plena pandemia a la guardia, cuando todavía no había máscaras.

Calzados con antiparras de cortar el pasto. No hay velo, se vive en el bajo cero de la metáfora.

También se convive con los manotazos que pega un discurso del amo que intenta reflotar el funcionamiento del cuidado de la salud. Para no variar, desde ese lugar se desconoce la pulsión en todas sus versiones, y sobre todo la de muerte. No hay manera de que la autoridad sanitaria conciba que un trabajador de la salud relaje la barrera mental de la prevención y de golpe se lo encuentre almorzando con un compañero. Subrayo: al mismo tiempo ambos sin barbijo. Eso es pecado en un hospital. Es absurdo, pero es pecado. ¿Cómo mediar ahí? ¿Cómo no captar que es una locura que eso esté prohibido para alguien que está fumando COVID varias horas del día? ¿Cómo no registrar la indignación de las autoridades ante semejante descuido cuándo ellos están fumando la responsabilidad de dirigir una institución de salud, hoy?

De la cantidad abrumadora de teorizaciones, lo único que ha servido de brújula es que ya llegará el desciframiento de esa ley o regularidad correspondiente al real biológico del virus, y así, en navidad, festejaremos la vacuna. Lo que nos queda mientras tanto, es fumar el otro real. Como sea.